

La Obnubilación de una Ideología: Reflexiones sobre el Anarquismo Contemporáneo en Chile

*Simón Acevedo Jimenez*¹

Desde su concepción ideológica más primigenia, la palabra “anarquismo” ha poseído siempre un carácter controversial, tanto en los círculos académicos, como en el sentido común de la población popular. Esto se ha debido, principalmente, a que ha tenido que lidiar con la etiqueta del malentendido “caos” o “desorden” que se desprende de la definición más cercana a la palabra “anarquía”, y que en ningún caso responde a los postulados que nos propone una doctrina seria y comprometida como lo fue el “anarquismo social”. Aún con todo, lograron durante el siglo XIX y parte del siglo XX, consagrarse como una ideología relevante para la contingencia obrera y campesina, sirviendo de notable influencia ideológica para los sindicatos italianos, españoles, e incluso argentinos, a la vez que supo posicionarse como una de las teorías revolucionarias con mayor impacto cultural en la disputa revolucionaria².

Sin embargo, si hacemos un balance histórico de la relevancia política que ha ostentado el anarquismo posterior a la segunda mitad del siglo XX, podemos dar cuenta que los aportes en busca de una transformación social han sido incipientes, por no decir nulos e inexistentes. No han sabido ejercer una lectura pragmática y estratégica de la realidad material, y lo que es más triste: no han sido capaces de formular un proyecto aglutinador, movilizador y en conexión con las masas. Por el contrario, han optado por desligarse completamente de cualquier compromiso social que implique una práctica política acorde a las condiciones materiales e ideológicas de la sociedad contemporánea, concentrando su discurso y praxis en un sectarismo y personalismo inaceptable para una ideología que desde su nacimiento concibió el accionar de las masas como el eje central de su proyecto revolucionario³.

Pasado y Acontecer en Chile

Esta prominente deficiencia del anarquismo contemporáneo se vuelve incluso más notoria y amenazante cuando nos situamos en una coyuntura histórica donde el sentido común de la mayoría ciudadana se encuentra en una fase esencialmente contrarrevolucionaria. El discurso izquierdista, sumido en una clara desconexión con las masas populares, ha impedido la proliferación de un ambiente revolucionario propicio para el radicalismo político. En ese sentido, Chile parece ser un escenario adecuado para el análisis de dicha cuestión, debido a sus condiciones actuales de desmovilización ciudadana y despolitización del sujeto popular.

De forma fugaz, ya han pasado tres años desde el memorable Octubre Chileno del 2019. Este, a partir de la manifestación popular y mayormente espontánea, hizo temblar a la casta política y empresarial, provocando uno de los periodos de mayor inestabilidad institucional desde el retorno a la democracia.

¹ Licenciatura en Historia, Mención Gestión Cultural. Miembro del Comité Editorial de Revista SED. simon.acevedo@usach.cl.

² Godwin, W. (Ed.). (1972). *La Destrucción del Estado: Antología del Pensamiento Anarquista*. Buenos Aires: Biblioteca Fundamental del Hombre Moderno.

³ Tesis trabajada por Bookchin, M. (2019). *Anarquismo Social o Anarquismo Personal: Un Abismo Insuperable*. Barcelona: Virus Editorial.

Puso en manifiesto una agudización excelsa de las contradicciones de clase existentes en la sociedad neoliberal chilena, produciendo un contexto de elevada movilización social, que a la vez configuró un ambiente favorable para el discurso izquierdista revolucionario.

Ante dicho contexto, gran parte de los colectivos anarquistas emergen como referentes de la vertiginosa contingencia sociopolítica chilena, ya que este “despertar” se adecuó de forma magistral al discurso anarquista social revolucionario. El rechazo generalizado a la política institucional y a la democracia partidaria calzó perfecto con el ideario anarquista anti partido (abstencionista en muchos casos); el sentido colectivista del anarquista y el “apoyo mutuo”. Este último, como concepto fundamental para concebir la sociedad anarquista, se desprendió mediante la camaradería en la marchas, la barricada como eje de encuentro movilizador; e incluso acción directa sin sentido se vió brevemente respaldada por la masa popular, que en un contexto de criminal represión estatal encontró en esta un mecanismo de defensa en contra de la gestión represiva de Sebastián Piñera. Para utilizar las palabras de Carlos Olmos, podríamos estar de acuerdo con que:

“La lógica espontánea que se da en el clamor de la resistencia callejera, no sólo contempla hacer frente con lo que se tenga el accionar represivo, equivale también a una punta de un proceso mucho más complejo de protesta que contempla una lógica de cooperación de los manifestantes que buscan frenar el avance de la represión estatal. Lejos de ser percibidos o autopercebirse como terroristas, se genera una cierta mística, que termina siendo uno de los símbolos de la protesta”⁴.

Sin embargo, tres años después de este controversial proceso, las condiciones materiales parecen ser diametralmente opuestas y la subjetividad neoliberal, conservadora y racista de la masa popular chilena se ha expresado por medio del rechazo de la otrora propuesta constitucional. Esta ha emergido como una coyuntura crítica que pone fin al sentir octubrista, manifestado en esta propuesta constitucional que abarcó gran parte de las demandas que se exigieron en 2019. Ante dichas condiciones, el discurso anarquista ha demostrado, por medio de acciones, que bordan un aceleracionismo discordante del apoyo popular y discursos infantilistas dotados de un idealismo político, basado en un nocivo romanticismo revolucionario, una lejanía preocupante respecto de la población oprimida que pretende representar.

La Praxis Anarquista en la Coyuntura Histórica Actual ¿Qué hacer?

En primer lugar, se hace urgente en una coyuntura histórica y política como esta, abandonar el infantilismo e idealismo político que ha caracterizado al discurso anarquista actual. Para ello, ni siquiera existe la necesidad de una renovación de los principios teóricos de los postulados anarquistas, sino más bien apropiarse de los mismos preceptos que se tienen de hace más de un siglo y aplicarlos al contexto histórico contemporáneo a través de una lectura seria y pragmática de las condiciones políticas actuales. En ese sentido, para aplicar dicha estrategia, un elemento trascendental es volver la atención hacia una concepción materialista de la sociedad como una vez propuso Mijaíl Bakunin, uno de los teóricos fundacionales y con mayor reconocimiento del anarquismo con tendencia social:

“Muy lógicamente, digo, porque al aceptar como base el dogma -falaz en nuestra opinión- de que el pensamiento es anterior a la vida, la teoría abstracta tiene prioridad sobre la práctica social y por tanto la ciencia sociológica debe convertirse en el punto de partida para los alzamientos sociales y la reconstrucción de la sociedad, llegan necesariamente a la conclusión de que si el pensamiento, la teoría y la ciencia son, al menos en el momento presente, patrimonio de unos pocos, esos pocos deben dirigir la vida social; no solo fomentar y estimular, sino regir todos los movimientos del pueblo”⁵.

4 Olmos, C. (2021). Anarquismo y Movimientos Sociales en el Estallido Social en Chile. Algarrobo-MEL, 10, 1-18. P. 13.

5 Bakunin, M. (1953). Escritos de Filosofía Política. Recuperado de <https://web.seducoahuila.gob.mx/biblioweb/upload/mijail-bakunin-escritos-de-filosofia-politica.pdf>. P. 338.

A través de la cita anterior, Bakunin nos ofrece una concepción del anarquismo basada en una perspectiva totalmente materialista de la realidad, en donde las condiciones de la sociedad están dadas previamente al pensamiento de los sujetos, por lo que la teoría revolucionaria debe siempre formularse en base a la realidad material de las condiciones de la sociedad, y no al revés. En otras palabras, para ser relevantes en materia de transformación social, es necesario volver la praxis anarquista hacia una lectura pragmática y materialista de las condiciones sociales en que nos encontramos inmersos. De lo contrario, la teoría carece de sentido y llegamos a una lógica argumentativa falaz.

En ese sentido, Murray Bookchin, teórico anarquista contemporáneo, es elocuente y asertivo al destacar como la relevancia anarquista se ha dado, a lo largo de la historia, a partir de la lectura del mismo contexto histórico que se desprende de la contingencia sociopolítica de determinada coyuntura, y han llegado a ser influyentes cuando han sabido conectar el discurso anarquista con el sentir popular, alejándose de la convicción personal de intelectuales libertarios desconectados de las masas. Recapitulando sus palabras:

“Antes de la Revolución Francesa, las doctrinas anarquistas elevaron al máximo el descontento de los campesinos. Entre la Revolución Francesa y la Comuna de París, la ola que históricamente cargó con estas ideas fue la de los artesanos descontentos. Y entre la Comuna de 1871 y la Revolución Española de 1936, el anarquismo —esta vez con el socialismo marxista— fluyó junto con la fortuna del movimiento del proletariado industrial, menguando ⁶”.

Es más, cualquier sujeto con una mínima capacidad de análisis de las condiciones materiales del Chile actual, es capaz de darse cuenta de que no nos encontramos en un proceso de movilización popular como lo fue el año 2019. Sin embargo, la praxis anarquista continua rígida hacia a una insurrección abstracta, con un nulo compromiso político, una intención transformadora cuestionable y un discurso totalmente discordante del ideario colectivo popular del sujeto popular chileno. En un contexto como ese, el actuar individualista camuflado de un supuesto y tristemente romantizado “vanguardismo político”, está destinado a caer en el más despreciable sectarismo elitista del que cualquier anarquista serio se desmarcaría sin pensarlo. Bakunin es tajante con la crítica de este intelectualismo, pues:

“Todo lo que los individuos pueden hacer es elaborar, aclarar y propagar las ideas que corresponden al instinto popular y además contribuir con sus esfuerzos incesantes a la organización revolucionaria del potencial natural de las masas, pero nada más, siendo al pueblo trabajador al que corresponde hacerlo todo ⁷”.

Este elemento debería ser fundacional para cualquier tipo de accionar anarquista. No es posible que la acción política revolucionaria no esté acompañada de un alto grado de apoyo popular que legitime la insurrección y la acción directa en contra de la autoridad. De lo contrario, el discurso libertario cae en una inconsecuencia tremenda, niega sus propios principios revolucionarios basados en el desprecio por la jerarquía, ya que al no actuar acorde al sentir popular, cae inevitablemente en una imposición autoritaria del quehacer político de un pueblo oprimido. Esto no es para nada una idea vanguardista, se trata de un precepto básico y muy trabajado por teóricos anarquistas del siglo XIX y XX tales como Errico Malatesta:

“Hemos dicho ya que sería absurdo y en contradicción con nuestro objetivo querer imponer la libertad, el amor entre los hombres, el desarrollo integral de todas las facultades humanas por medio de la fuerza. Es necesario, pues, contar con la libre voluntad de los demás, y lo único que podemos hacer es provocar la formación y manifestación de dicha voluntad ⁸”.

6 Bookchin, M. (2013). *Ecología y Pensamiento Revolucionario*. San Martín de Tucumán: Difusora Virtual Libertad. P. 27.

7 Bakunin, M. (2016). *El Patriotismo, la Comuna de París y la Noción de Estado*. Recuperado de <https://creandopueblo.files.wordpress.com/2011/08/bakunin-el-patriotismo-lacomuna-de-paris-y-lanocion-de-estado.pdf>.

8 Malatesta, E. (1890). *Nuestro Programa*. Santiago: Editorial Libertad. P. 5.

De forma lamentable, teniendo en cuenta la relación del anarquismo con la contingencia nacional, nos damos cuenta que la praxis anarquista no ha logrado alinear su práctica insurreccional con la voluntad popular, ya que la subjetividad del pueblo se encuentra sumida en un sentido común esencialmente conservador, y el actuar aceleracionista de los colectivos anarquistas sin una campaña cultural propicia que complemente la praxis, y que le un sentido popular a la acción directa que promueve el anarquista, solo aporta al desprestigio global de tal ideología revolucionaria.

Ante esta discordancia, surge un cuestionamiento importante respecto del quehacer político en una sociedad neoliberal y altamente despolitizada, ya que la praxis se encuentra esencialmente limitada por los bajos grados de participación y apoyo popular de las masas populares. Sin embargo, dicha respuesta existe, ya ha sido propuesta hace más de un siglo, a partir de teóricos anarquistas de tendencia social como el propio Malatesta, quien de forma inteligente y pragmática, ya para finales del siglo XIX concibe el trabajo de masas como la única respuesta viable en un contexto “pre revolucionario”, donde las condiciones no están aún dadas para proponer una revolución social: “Es necesario que nosotros llamemos la atención de los hombres sobre los males que sufren y sobre la posibilidad de destruirlos. Es necesario que suscitemos en cada uno la simpatía para con los ajenos males y el vivo deseo del bien de todos”⁹.

Reflexiones Finales

A forma de conclusión, me habría encantado hacer un rescate de la ideología que, como a muchos, me introdujo en la disputa política e hizo que me interesara en la siempre anhelada revolución social. Muy lindo hubiera sido para cerrar, realizar un llamado dirigido a la tan necesaria unidad de la izquierda, cual otrora Primera Internacional, entre comunistas y anarquistas, en busca del bienestar social y el derrocamiento de los opresores del pueblo chileno.

No obstante, dicha consigna simplista y conciliadora no puede estar más lejos de la realidad. En efecto, el anarquismo ha llegado a tal nivel de desconexión con la sociedad que pretende cambiar. A la vez, se ha sumido en un tal incuestionable aburguesamiento de las luchas políticas que prioriza, que parece encontrarse ya en un punto de no retorno, alejándose cada vez más del espectro de la izquierda e instalándose en un escenario propiamente burgués donde la transformación social no es prioridad. Los esfuerzos “revolucionarios” parecen rondar en torno a la mera defensa de autonomía personal y el rechazo de cualquier proyecto político que no cumpla con las ridículas expectativas que propone el discurso rojinegro.

En ese sentido, la premonición de Bookchin hacia mediados de los noventa, parece estar más presente que nunca, y la podemos ver claramente reflejada mediante el análisis del contexto histórico chileno actual:

“A menos que esté gravemente equivocado –y espero estarlo–, los objetivos revolucionarios y sociales del anarquismo están sufriendo una erosión de gran alcance, hasta el punto de que la palabra “anarquía” pasará a formar parte del vocabulario burgués “chic” del siglo XXI: travieso, rebelde, despreocupado, pero deliciosamente inofensivo.”¹⁰

9 Malatesta, E. Op. Cit.

10 Bookchin, M. Anarquismo... Op. Cit.